

sentido, su vida adquiere un carácter verdaderamente ejemplar, y por ello mismo —suponemos— Ediciones Universidad de Navarra lo habrá incluido en su catálogo de “Temas de Nuestro Tiempo”.

Pero sobre todo, y puestos a destacar alguno de los méritos de esta pequeña monografía, queríamos subrayar que ha conseguido reproducir plenamente la mente de Newman y su estado interior, tantas veces agitado y casi jadeante, ante la cuestión de la “antigüedad”. Siguiendo a Newman en sus estudios en torno a los arrianos del siglo iv, contemplándolo en su especulación sobre el desarrollo de la doctrina cristiana o en su lectura de los Padres de la Iglesia, impregnándose de ellos y queriendo aspirar su propio espíritu tan próximo en el tiempo a la misma vida de Jesús, hemos comprendido la sugestión que la primera cristiandad puede tener sobre un espíritu deslumbrado por el sentido histórico, que siente el peso y la responsabilidad de la Tradición. Y nos hemos hecho cargo de por qué, por poner un ejemplo, la Comisión Teológica Internacional afirmaba en 1972, en una de sus tesis sobre el pluralismo teológico: “Entre las fórmulas dogmáticas tienen prioridad las de los antiguos concilios” (Tesis n. 6). No se trata, tanto en el caso de la CTI como —salvando las distancias— en el de *Newman*, de un rechazo de lo moderno por el hecho de su modernidad (es bien sabido que no puede ser excluida de la Regla de la Fe ninguna de las formulaciones dogmáticas de los Concilios Ecuménicos), sino de una especial veneración por lo antiguo por el hecho de ser lo primero.

La obra se cierra en el mismo umbral de la conversión de Newman, con el relato de la visita que le hace Bernard Smith, en su casa de Littlemore, y con su renuncia a la condición de *fellow* de Oxford. Los últimos párrafos de la narración adquieren un ritmo trepidante, cuando Newman ya se dispone a convertirse y aguarda la llegada del pasionista italiano P. Domenico Barberi. Termina propiamente con la comunicación de la decisión tomada a los más íntimos y con el testimonio epistolar de algunos de sus más fieles amigos. Pero al lector, a nosotros en concreto, nos ha sabido a poco el final, y esperamos que el Dr. Morales nos obsequie pronto con la continuación de su relato histórico-teológico, especialmente de los primeros días de Newman en el seno de la Iglesia Romana.

J. I. SARANYANA

J. IBÁÑEZ y F. MENDOZA, *La fe divina y católica de la Iglesia*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1978, XVI + 1.775 pp., 12 × 20.

En los momentos de cambios o crisis culturales que repercuten en la vida de la comunidad cristiana, la Iglesia ha sentido siempre —así lo testimonia la historia— la necesidad y como el impulso de reafirmar

la fe de la que vive, proclamándola de manera neta y decidida. Así ocurrió, por limitarnos a algunos ejemplos históricos cruciales, en la época de la gran crisis gnóstica y de las luchas trinitarias y cristológicas y, siglos más tarde, al producirse la trágica escisión protestante; y así está ocurriendo en nuestros días.

Si analizamos esas diversas situaciones, advertimos una constante —la reafirmación de la fe y de la verdad que en ella se confiesa—, pero al mismo tiempo peculiaridades en la forma de proceder a esa reafirmación relacionadas sin duda con las características del momento histórico y con las necesidades pastorales que de él derivaban. En los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia reacciona mediante la promulgación de símbolos de la fe, en los que la verdad puesta en duda es definida en términos precisos. En el siglo xvi se redactan y editan catecismos, en los que la entera predicación cristiana es resumida y expuesta de manera ordenada, a fin de impulsar una amplia tarea evangelizadora en un momento en el que la ruptura de la unidad cristiana podía arrastrar a quienes no tuvieran plena conciencia de la fe que profesaban. En nuestros días encontramos profesiones de fe —¿cómo no recordar el Credo del Pueblo de Dios, promulgado por Pablo VI en 1968!—, pero sobre todo catecismos o, para ser más exactos, exposiciones catequéticas, y de un estilo nuevo: en ellas lo que se busca no es tanto la condensación en fórmulas breves de la enseñanza cristiana ni la presentación en orden a la predicación de los contenidos de esa enseñanza, sino más bien una exposición no sólo amplia sino teológicamente razonada de la doctrina de la fe. En el auge de ese tipo de obras influyen, sin duda, corrientes y orientaciones pedagógicas, pero también —a mi juicio— la percepción de un dato fundamental: la conciencia de que la fe, hoy, ha de ser vivida en un ambiente surcado, en múltiples direcciones, tanto a nivel universitario y académico como popular, por el racionalismo, y ante eso hace falta no sólo poseer la fe, sino saber pensar desde la fe y en la fe.

El hecho es que obras con características como las que acabamos de señalar han proliferado en los últimos años, y en los más diversos países. Piénsese, por citar sólo algunos ejemplos, sin entrar en su valoración, en *Il Nuovo Catechismo Antico*, del italiano Franco della Fiore (SEI, Turín 1971, 918 pp.); en *The Teaching of Christ*, fruto de la colaboración de un amplio grupo de obispos, teólogos y profesores anglosajones (Our Sunday Visitor, Hunkingston, USA, 1976, 640 pp.); en *Des Evêques disent la foi de l'Eglise*, obra colectiva de varios obispos franceses (Cerf, París 1978, 468 pp.); en *Creed and Catechetics*, del norteamericano Eugene Kevane (Christians Classics, Westminster, USA, 1977, 319 pp.). Con esa corriente de reafirmación catequética entronca la obra que recensamos aunque se mueva en una dirección distinta, ya que los profesores Ibáñez y Mendoza aspiran de forma inmediata no tanto a enseñar a pensar en la fe, cuanto más bien a situar al cristiano

ante la fe misma, o, para ser más exactos, ante el mensaje divino sobre el que la fe versa. En ese sentido el presente libro manifiesta una intención catequética que puede ponerse en relación con la solicitud pastoral que llevaba a Juan Pablo II a evocar, en la Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, el valor expresivo de la *traditio Symboli* (n. 28) y a recordar luego que uno de los requisitos fundamentales de la catequesis es la “integridad del contenido”, ya que “a ningún verdadero catequista le es lícito hacer por cuenta propia una selección en el depósito de la fe” (n. 30).

“En momentos como en los nuestros de confusión doctrinal (...) produce una particular emoción presentar el libro que el lector tiene entre sus manos”, escribe el cardenal Wright en las breves páginas de presentación con que se inicia la obra (p. XV). Con tono algo distinto, los profesores Ibáñez y Mendoza manifiestan en la introducción, en la que explican su propósito, una idéntica actitud de espíritu; la teología católica, el pensar cristiano —dicen—, “gira siempre en torno a la Revelación divina”, si se quiere pues proceder adecuadamente resulta ante todo “imprescindible captar la verdad de Cristo en toda su pureza” (p. 1). En última instancia, la obra de Ibáñez y Mendoza surge de una preocupación pastoral: en un momento en que el pluralismo teológico, perdiendo su norte, amenaza con desembocar en un pluralismo dogmático (p. 21), y en el que amplios sectores del pueblo cristiano experimentan la sensación de que está desapareciendo la seguridad de la fe, se hace necesario volver la mirada hacia el Magisterio eclesiástico, “garantía cierta de la verdad de Cristo” (p. 2), a fin de escuchar su voz y reencontrar el rumbo del caminar cristiano. De ahí un libro como el presente, que aspira a ofrecer una exposición de la fe cristiana recogiendo los textos con los que el Magisterio eclesiástico la ha propuesto y proclamado a lo largo de los siglos.

Un tal intento evoca la famosa obra de Heinrich Joseph Denzinger y sus continuadores. Las diferencias entre una y otra obra son sin embargo claras, y quizá sea oportuno señalarlas porque ayuda a dar razón de la de Ibáñez y Mendoza. Denzinger publica su *Enchiridion* en 1854, en una época surcada, como la nuestra, por grandes luchas doctrinales y también con el propósito de acentuar la realidad del Magisterio como faro iluminador del vivir y del pensar cristiano, y más concretamente con el deseo de hacer accesible y fácil su consulta a los sacerdotes y estudiosos de teología. Denzinger emprendió así una tarea de busca y selección de los textos magisteriales, hasta conseguir dar vida a un diccionario o *Enchiridion* que fuera ciertamente un compendio, pero un compendio no sólo representativo, sino relativamente completo: de ahí su éxito y su supervivencia histórica.

Desde el principio el *Enchiridion* de Denzinger vino acompañado de unos índices sistemáticos, pero el cuerpo de la obra no lo constituían esos índices, sino la selección de textos, a los que esos índices aspiraban a servir, facilitando su consulta. La idea

a la que obedece la obra de Ibáñez y Mendoza es, en cierto sentido, exactamente la inversa, ya que toda ella gira en torno a un elenco de proposiciones, ordenadas sistemáticamente, a la que acompaña, a modo de documentación, una amplia selección de textos. Mostrémoslo, describiendo el contenido de las cuatro partes de que consta:

a) La primera parte (p. 23 a 243) es la fundamental: el ya mencionado elenco de proposiciones, tesis o enunciaciones breves a través de las cuales los Autores aspiran a resumir la doctrina cristiana tal y como ha sido formulada por el Magisterio eclesiástico. En total se nos presentan 967 proposiciones, ordenadas en 14 capítulos, que se suceden siguiendo un orden clásico, es decir comenzando por la Teología Fundamental para concluir con la Escatología: la Revelación, la Iglesia, Dios uno, Dios Trino, Dios creador, Dios enaltecedor (es decir Dios que creó al hombre elevándolo a un estado de justicia original que fue destruido por el pecado), Dios redentor, la Madre del Redentor, Dios santificador, Virtudes teologales, Sacramentos, Dios legislador, Vida de perfección cristiana, Dios consumidor. La simple enumeración de esos títulos hace prever que los capítulos van a ser muy desiguales en extensión, y así ocurre en efecto: el más breve, el dedicado a las Virtudes teologales, contiene sólo 13 proposiciones; los más amplios, los dedicados a los Sacramentos y a Dios legislador (donde se trata toda la enseñanza moral, ordenada por Mandamientos), alcanzan las 197 y las 288 respectivamente.

Añadamos, para completar la descripción de esta primera parte, que, al pie de cada proposición, los Autores ofrecen su cualificación teológica, los documentos del Magisterio y, eventualmente, los lugares de la Sagrada Escritura en los que esa proposición se contiene o fundamenta, y finalmente, los autores o corrientes de pensamiento que a lo largo de la historia la han negado. Todo ello sucintamente, y procediendo, por lo que respecta a la indicación de los textos escriturísticos y magisteriales, mediante remisiones a los números marginales de la tercera parte del libro.

b) Antes, sin embargo, de llegar a esa tercera parte, Ibáñez y Mendoza, han considerado oportuno incluir un vocabulario teológico (p. 245 a 328), ya que —como ellos mismos explican en la introducción— en la formulación de las proposiciones que integran la primera parte han seguido un criterio de concisión, que ha impedido detenerse a explicar los términos y expresiones de carácter técnico: a llenar ese hueco se encamina el vocabulario.

c) La tercera parte (p. 329 a 1.703) consiste, como ya apuntábamos, en una selección de textos de la Sagrada Escritura y sobre todo del Magisterio —en edición bilingüe latín-castellano, griego-castellano, etc.—, a modo de documentación de las ya mencionadas proposiciones. Esos textos están agrupados en 14 capítulos que tienen los mismos títulos que los de la primera parte. En cada uno de esos capítulos se incluye

una selección de textos bastante completa, que refleja el entero arco de los pronunciamientos magisteriales, desde las épocas antiguas a la presente (el Concilio Vaticano II es ampliamente utilizado). Conviene anotar que esa selección no pretende ser exhaustiva, ni siquiera a nivel del propio libro: al indicar, en la primera parte, las fuentes de las proposiciones, los Autores remiten no sólo al capítulo paralelo de la tercera parte, sino también a textos magisteriales que están incluidos en otros capítulos. Repitémoslo de nuevo: la parte fundamental del libro es la primera, y es a través de ella como debe accederse a la entera obra.

d) Finalmente, y a modo de colofón, el libro incluye unos índices de errores condenados por el Magisterio, de citas bíblicas y de materias (p. 1.705 a 1.775).

Una obra así concebida responde, claramente, a nuestro juicio, a esa finalidad de la que antes hablábamos: el deseo de responder a una situación de incertidumbre doctrinal. De ahí que pueda ser recibida no sólo con agrado, sino con gran entusiasmo (el Cardenal Wright, al presentarla, no vacila en decir que lo hace con "particular emoción"). No faltarán, sin embargo, sobre todo en algunos ambientes, ciertas reservas. ¿El intento de expresar el entero mensaje cristiano por medio de un elenco de proposiciones no se expone —dirán algunos— a provocar un positivismo teológico, esterilizador del pensamiento y abocado al pietismo? Ciertamente así sería si cada una de las proposiciones estuviera concebida como una unidad aislada en sí misma o si se considerara que el conjunto de todas ellas expresaba de forma exhaustiva todo lo que cabe saber sobre la verdad objeto de la fe. Pensar de esa forma sería, en efecto, desconocer el sentido unitario de la fe cristiana o negar la infinita riqueza de Dios que ninguna inteligencia puede abarcar. Toda proposición sobre la verdad de fe debe ser situada en el contexto de la predicación y de la vida cristiana, de modo que sea iluminada por el conjunto y adquiera así el sentido que tiene en el contexto armónico del mensaje evangélico. Y todo elenco de proposiciones, por muy amplio que sea, ha de ser recibido como la expresión de los aspectos de la verdad revelada que han sido ya explícitamente formulados y proclamados, pero sin excluir aspectos nuevos, antes al contrario, sintiendo, a partir de lo ya conocido, el deseo y el impulso de abrirse a un conocimiento cada vez más pleno de la inagotable profundidad de Dios. Pero todo ello afecto al uso que se haga de cualquier elenco de proposiciones de fe y no al elenco en sí mismo. Por lo demás, cabe pensar que los profesores Ibáñez y Mendoza han previsto y salido al paso de la objeción a que estamos haciendo referencia; no en vano se preocupan por dejar constancia de que la fidelidad al Magisterio de la Iglesia "lejos de coartar la libertad y de frenar el legítimo progreso científico", lo favorece "al cerrar los caminos ciertamente erróneos y señalar con pauta inflexible nuevos e insospechados horizontes" (p. 3-4), dedicando luego algu-

nas páginas a hablar del progreso homogéneo del dogma (p. 16-18). Limitémonos a añadir que el “nacionismo” —valga la expresión, a pesar de su ambigüedad— no se combate prescindiendo de nociones y de proposiciones —¿cabe en realidad hacerlo?—, sino poniendo de manifiesto el valor intencional de nuestros conceptos, a través de los cuales y en los cuales nos abrimos a una realidad, a la que han de ser siempre referidos.

Pero, dejando de lado esa cuestión de principio —baste con lo dicho para situar el tema—, enfrentémonos, ya a un nivel de realización práctica, con el intento de Ibáñez y Mendoza: ¿qué juicio merece su obra?, ¿cómo han realizado de hecho su proyecto? Ante todo, hay que dejar constancia del esfuerzo que esa realización ha debido representar, ya que, al menos que nos conste, ningún autor había emprendido con anterioridad la tarea de sintetizar en un elenco de proposiciones la entera enseñanza del Magisterio. En el campo de la Teología Dogmática, ya habían sido precedidos por toda la tradición manualística, que había usado repetidas veces esa técnica —especialmente la manualística situada en la línea de los Wirtzburgenses—, pero no ocurría lo mismo en el dominio de la Teología Moral, cupos tratadistas han seguido de ordinario otros caminos metodológicos. Quizá por eso la formulación de las proposiciones es, en los capítulos dogmáticos, más concisa, mientras que en los morales resulta más prolija. En cualquier caso la obra realizada ha sido muy amplia y ha estado llevada a cabo con indudable coherencia y rigor.

Como es inevitable en una obra de estas características —máxime en su primera edición— existen algunas lagunas, aparte de opciones intelectuales y metodológicas, legítimas sin duda, pero opinables. El esquema al que obedece el orden de capítulos en que se sistematizan las proposiciones y textos del Magisterio es, como ya señalamos, clásico, cosa lógica tratándose de un libro que aspira a convertirse en obra de consulta. Tal vez, sin embargo, manifieste, en algún momento, una excesiva dependencia de los manuales de finales del siglo pasado y principios de este. Así, por ejemplo, al colocar el capítulo sobre la Iglesia inmediatamente después de haber hablado de la Revelación, siguiendo un enfoque apologético, en lugar de ocuparse de ella después de haber expuesto la doctrina sobre la Redención, es decir, siguiendo un esquema dogmático. O al continuar hablando de la Escritura y la Tradición como de “fuentes de la Revelación”, en lugar de asumir el lenguaje, más preciso y elaborado, que emplea la teología actual.

La selección de las fuentes en que se fundamentan las proposiciones está bien hecha: no es exhaustiva, como es obvio, ya que por definición no puede serlo, pero sí suficiente; por eso sorprende encontrar a veces alguna ausencia llamativa, como, por ejemplo, el hecho de que al tratar de la libertad religiosa —p. 204, prop. 151— se haya tenido en cuenta sólo la enc. *Immortale Dei*, de León XIII, y no también poste-

riosas declaraciones de Pío XII y, sobre todo, la Declaración *Dignitatis humanae*, del Concilio Vaticano II. Entre los índices, amplios y útiles (p. 1.705ss.), se echa de menos un índice cronológico de documentos del Magisterio, que hubiera sido muy práctico, ya que, al estar dispuesto los textos magisteriales por capítulos sistemáticos, no resulta fácil tener una visión de conjunto de los documentos que se recogen ni encontrar todas las referencias a uno de ellos.

Mención especial merece el tema de las cualificaciones teológicas, probablemente una de las cuestiones que habrá exigido mayor reflexión y estudio a los Autores de la obra, porque también aquí carecían de precedentes, no, claro está, en el recurso a esas cualificaciones, sino en el designio de usarlas para un número tan amplio y tan variado de proposiciones. Quizás por eso decidieron reducir el elenco de notas, y de censuras, a tres: de fe divina y católica (a la que oponen la censura de herejía); teológicamente cierta (a la que oponen el error en teología); doctrina católica (a la que oponen el error en doctrina católica). Ni que decir tiene que, aun así, no todas las cualificaciones que ofrecen recibirán la adhesión del entero mundo teológico. Baste pensar, por citar sólo un ejemplo, en el complejo problema que presentan algunos cánones del Concilio de Trento, sobre cuyo carácter dogmático o disciplinar no hay unanimidad.

Pero esas, y otras observaciones que podrían hacerse —bastantes de ellas referentes a aspectos subsanables con facilidad en ediciones futuras— no quitan el valor general de la obra, que constituye, sin duda alguna, una aportación significativa a la literatura teológica, ante todo a nivel pastoral y de divulgación, pero también a nivel científico, ya que, tanto a uno como en otro campo, puede ser un buen instrumento de trabajo.

Ciertamente el teólogo, que debe acudir directamente a las fuentes, no podrá limitarse a este libro —como no puede limitarse a ningún diccionario o manual—, pero encuentra en sus páginas una primera aproximación. Por su parte el cristiano culto, deseoso de informarse sobre su fe y de formarse en ella, puede considerarla como una obra de consulta, que le permita resolver eventuales dudas y adquirir una familiaridad con los textos magisteriales que le sirva de orientación en esa dedicación a la lectura, imprescindible para todo progreso intelectual. En ese sentido cabe decir que los Autores han conseguido el propósito que declaran al principio de la introducción: ofrecer una “guía ágil para manejarse con soltura por el frondoso campo de la teología católica”.

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE